



¿Cómo lo logró PODEMOS?

En el papel, todo parece impecable. Casi quirúrgico. De acuerdo con Cristian Campuzano Martínez, presidente estatal de PODEMOS, la documentación para obtener el registro como partido político local fue entregada en tiempo y forma ante el Instituto Electoral del Estado de México. Estatutos, declaración de principios, programa de acción, actas constitutivas, respaldo notarial y el número mínimo de afiliados exigido por la ley. Todo, según se dice, en orden.

No es poca cosa. Más de 50 mil ciudadanos afiliados y al menos 98 asambleas municipales válidas. Un despliegue territorial que, en teoría, requeriría estructuras, operadores, logística, recursos y una organización aceitada durante meses. Además, el IEEM tiene hasta 45 días hábiles para revisar el expediente y emitir una resolución, que se espera llegue en abril. El reloj ya corre.

Pero aquí es donde el discurso empieza a hacer ruido. Porque al mismo tiempo que presume músculo ciudadano, PODEMOS reconoce que no logró integrar Comités ni Coordinaciones Municipales en municipios clave como Jilotepec, Tlatlaya, Ecatepec, Nezahualcóyotl y Chimalhuacán, además de otros 22 municipios. Es decir, zonas estratégicas, densamente pobladas o políticamente relevantes, donde cualquier partido que aspire a competir en serio suele poner especial cuidado.

Aun así, Campuzano lanza un mensaje que busca tocar fibras: “PODEMOS hace un llamado a los sectores que se sienten olvidados o utilizados por los partidos tradicionales para sumarse a una causa ciudadana”. Suenan bien. Muy bien, incluso. La verdad es que ese discurso conecta con un hartazgo real, con una sensación

compartida de abandono y desencanto de los partidos tradicionales o el que actualmente gobierna. Pero también deja preguntas flotando en el aire.

Y es que lo verdaderamente interesante del caso no es el trámite administrativo, sino la historia detrás. ¿Cómo y con qué respaldo logró Campuzano —un político que hoy parece hombre orquesta— cumplir con requisitos que no son menores? No hablamos de juntar firmas en una plaza un fin de semana. Hablamos de una operación compleja, costosa y prolongada.

Más aún si se recuerda su salida del Partido de la Revolución Democrática. No fue tersa ni ejemplar. Salió señalado, desprestigiado, acusado de desviar recursos, de imponer candidaturas de familiares y allegados, de anteponer intereses personales y de generar conflictos internos. Tampoco es que, fuera de su paso por el Sol Azteca, se le conozca una carrera política sólida o una base social propia que explique, por sí sola, este despliegue.

Entonces, la pregunta es inevitable. Incómoda, pero válida: ¿quién está detrás de PODEMOS? Porque el registro no solo es un documento. Es la puerta de entrada a financiamiento público. Aunque no tenga votación previa ni representación, un nuevo partido accede al 2% del total del financiamiento destinado a actividades ordinarias. En año electoral, además, recibe recursos para campañas calculados sobre esa misma base. Y para actividades específicas, como educación política, participa en la bolsa que se reparte de manera igualitaria.

El dinero empieza a fluir desde el momento en que el registro surte efectos. Y no hablamos de cifras menores. Por eso, más allá del discurso ciudadano y de la narrativa del “nuevo comienzo”, es legítimo preguntarse si este proyecto nació desde la convicción colectiva o si responde a intereses más sofisticados, más silenciosos... y mucho mejor financiados.

En política, rara vez las cosas son casualidad. Y cuando algo parece demasiado bien armado, la duda no es malicia, es simple sentido común.